

MI PRIMER ENSAYO, DE CASTA ESTEBAN**Carlos A. Rizos**

A Natàlia...

En este estudio pretendo volver sobre el libro *Mi primer ensayo. Colección de cuentos con pretensiones de artículos* de Casta Esteban y Navarro, quien se presenta como «Viuda de Gustavo A. Bécquer» con la intención capciosa de dar autoridad a su obra. Fue impreso en Madrid por el tipógrafo Manuel Ginés Hernández en 1884.

El volumen consta de 352 páginas en cuarto, su precio de venta al público era de cinco pesetas (aunque Palau¹ recoge diez; seguramente porque la encuadernación del ejemplar que manejó debía de ser en tela) y está encuadernado «en rústica con cubiertas de papel azulado»². Dejando a un lado la dedicatoria «A la Excma. Marquesa del Salar» (esposa de Don Fernando Pérez del Pulgar y Fernández de Villavicencio, VIII Marqués del Salar, X Conde de Belmonte del Tajo y VIII Conde de la Maseguilla, nacido en 1861 y muerto en 1928), está formado por trece relatos de irregular extensión: «Dos palabras a mi sexo», «Un sueño en Triana», «La mano», «No hay principio sin fin», «¡La boda H!», «Un encuentro feliz y desgraciado», «Historia de un pobre duro», «Los aficionados», «La romería de San Isidro», «Una carta del otro mundo», «¿Existe el amor?», «La muralla de carne» y «La portera».

Se trata de un libro poco conocido y me parece una buena razón para justificar estas palabras el hecho de que no aparezca ni siquiera mencionado en la biografía de Robert Pageard³. Esto hace pensar que ha caído en el olvido desde

¹ Antonio Palau y Dulcet, *Manual del librero hispanoamericano*, Barcelona, Palau, 1954, (2ª edición), s.v. Esteban y Navarro (Casta).

² José María Martínez Cachero, «La viuda de Bécquer, escritora», in *Studia Philologica. Homenaje a Dámaso Alonso*, Madrid, Gredos, 1960-62, vol. II (1961), p. 450 (pp. 443-457).

³ Robert Pageard, *Bécquer: leyenda y realidad*, Madrid, Espasa Calpe, 1990.

que lo estudiaron J. Domínguez Bordona⁴, Heliodoro Carpintero⁵ y José María Martínez Cachero⁶. El primero hizo una breve reseña; el segundo destacó, acertadamente, la importancia de su valor documental sin ocuparse de él pero proponiéndolo como tema de investigación; y el último se centró en los defectos de la obra más que en las virtudes que yo trataré de resaltar aquí.

I. Autoría

En primer lugar cabe preguntarse por qué lo escribió esta mujer, que jamás había tomado la pluma para otra cosa que para sus sucintas cartas, en un estilo mucho más zafio que el de *Mi primer ensayo*, dirigidas a sus padres Francisco Esteban y Antonia Navarro. Con todo, no me parece ésta razón suficiente para desacreditar la autoría del libro. El lenguaje de las cartas (muy anteriores al libro) no se aleja de los relatos más de lo que puede distar el estilo de las cartas del propio Gustavo a sus suegros con respecto a sus prosas literarias:

Queridos padres / ya Gustavo les dice lo de la Zarzuela que a salido perfectamente a mama que *los* tenga muy felices que la tengo echo un pañuelo de la mano con letras bordadas en oro que se usan bastante. Sin mas su hija / Casta. (15 de junio de 1863)⁷

Queridos padres / antes de ayer llevo a *esta* Gustavo mucho mejor que se fue las celdas nos la an dejado en beinte cinco duros al ano ya todos tenemos pagado y las cosas las arreglado bien que cuanto se bacune el niño bamos air aberlos a Vd. esta el niño desde que binimos a *esto* desconocido de hermoso con esta ban tres cartas sin contestación ninguna bengase por aqui que esta muy bien su hija que los quiere / Casta. (fines de abril de 1864⁸; la cursiva es mía)

En cuestión de un año ha mejorado de forma mínima la ortografía literal (la ‘h’ de ‘hermoso’) y prosódica (la tilde de ‘contestación’) y en la sintáctica se decanta por abstenerse en la puntuación. Y téngase en cuenta que la publicación del libro tuvo lugar veinte años después de la segunda carta. Además,

⁴ J. Domínguez Bordona, «Un libro de la viuda de Bécquer», *Revista de Bibliotecas, Archivos y Museos*, 3 (1926), pp. 105-107. Ya él empieza con estas palabras: «No dan noticia los biógrafos de Bécquer de un libro que su viuda, Casta Esteban y Navarro, publicó».

⁵ Heliodoro Carpintero, *Bécquer de par en par*, Madrid, Ínsula, 1971 (2ª edición; 1ª: 1957).

⁶ *Art. cit.*

⁷ *Ap. Pageard, op. cit.*, p. 301.

⁸ *Ap. Rafael Montesinos, Bécquer: biografía e imagen*, Barcelona, RM, 1977, p. 55, n. 1.

podemos ver que Casta se dirige a sus padres con unas palabras semejantes a las que utilizaría en una conversación cotidiana, sólo que aquí está enmarcada en los términos que requiere una carta, con lo que tuvo sobrado tiempo para mejorar su escritura. Compárense ahora estas cartas con las de Gustavo, enviadas junto con las de Casta, a sus suegros:

[...] Dé usted a madre los días de nuestra parte. Sentimos no haber podido estar en *ésa* el día de San Antonio [...] (15 de junio de 1863)

Queridos padres/ Después de haber estado un mes en Madrid, me encuentro en Veruela bastante bueno. A Casta y el niño los he encontrado bien y, según me dice, ustedes también se encuentran con salud. Ahora voy a ver si vacuno al niño para llevarlo a *ésa*, donde pasaremos algunos días [...] / Gustavo. (fines de abril de 1864; la cursiva es mía)⁹

Aunque sólo reproduzco dos fragmentos, se puede ver que el uso de los pronombres deícticos y anafóricos que subrayo es tan torpe en Casta como en Gustavo. Comparémoslo con este «papel» que lee uno de los personajes de «La muralla de carne» (p. 257): «Mañana llegaremos a *ésa* a las diez. Tu hermana MATILDE.» (la cursiva es mía). Esto nos lleva, por lo menos, a tolerar que este libro pudo ser escrito por quien lo firma (en el intervalo de tiempo que media entre unos y otros escritos pudo dar solidez a su estilo). Que ésta se presente explícitamente, desde la portada y la dedicatoria, como «viuda de Gustavo A. Bécquer» demuestra que se está buscando el éxito a través de la fama alcanzada por su marido a partir de la primera edición (1871), póstuma, de sus *Obras*. En otro caso, no hubiera indicado esta relación de parentesco, habiendo ya enviudado de su segundo marido, Manuel Rodríguez Bernardo. Tampoco es verosímil, como ha demostrado Carpintero¹⁰, que Casta escribiera «estas mal trazadas líneas, como último recurso para defenderme de la miseria y del hambre», según se justifica en la dedicatoria (p. 6). Eran muchos los recursos económicos que tenía: la herencia de su padre (ganado y propiedades¹¹), de su segundo marido (recaudador de contribuciones¹²), parte de los beneficios de las *Obras* de Gustavo¹³; su espíritu codicioso se suma a todo esto. Además, es bien sabido que un libro, por mucho éxito que tuviera, no

⁹ Gustavo Adolfo Bécquer, *Obras Completas* (edición de Ricardo Navas Ruiz), Madrid, Turner, 1995, vol. II, pp. 1149-1151.

¹⁰ *Op. cit.*, pp. 133 y ss. y *passim*.

¹¹ *Ib.*, pp. 126 y 127.

¹² *Ib.*, p. 129.

¹³ *Ib.*, p. 128.

daba para salvar una situación económica deficiente, cuanto menos «para no morirnos de hambre» (p. 7). Es más, no poco es el dinero necesario «para atender a los gastos de su impresión» (p. 5). Con todo, es cierto que Casta sólo se vio remunerada con la primera edición de las *Obras* de Gustavo (1871), cuyos derechos vendió su hijo Gustavo al librero Fernando Fe por setenta y cinco miserables pesetas¹⁴; de ahí que se lamente porque la miseria y el hambre «es la única herencia que por desgracia alcanzamos las viudas de los poetas» (p. 6).

Asimismo, no es difícil advertir que, si lo que pretendía era ver «compensados mis desvelos con usura» (p. 7), no hacía falta llenar 352 páginas; y menos cuando «pobre y enfermo estaba mi ser» (p. 5). Muy al contrario, revela este libro una verdadera afición a la escritura, tal vez como consecuencia del gusto por la lectura, según se deduce de las múltiples citas y alusiones literarias que se hacen a lo largo de la obra.

En cuanto a la posible autoría becqueriana de esta colección de cuentos, ya Domínguez Bordona señala que hay «fantasías en el tono de las *Hojas secas* de Bécquer, tales como "Un sueño de Triana" o "Un encuentro feliz", en las que pudiera sospecharse un antiguo original del mismo Bécquer retocado o completado por su viuda»¹⁵. Después Martínez Cachero¹⁶ indicó la improbabilidad de que sean textos inéditos de Gustavo, entendidos como esbozos desarrollados por la mano de la viuda. Allí mismo habla del difícil y lejano parentesco de «Una carta del otro mundo» con la «leyenda fantástica» «La vida de los muertos» que aparece mencionada en la sección de «caprichos» de los proyectos literarios recogidos por Rodríguez Correa en el prólogo a la primera edición de las *Obras* (1871) de Gustavo. Añado yo la asimismo riesgosa propuesta de conexión que pudiera haber entre «La filosofía del matrimonio» (uno de esos proyectos definido como «comedia casera») y los relatos de *Mi primer ensayo* que se ocupan del tema del matrimonio: «La mano» y «¡La boda H!».

En *Mi primer ensayo* se localizan bastantes datos referentes a la biografía de Casta. Los podemos situar cronológicamente en las tres etapas que vivió desde su matrimonio con Gustavo: 1) el tiempo que estuvo casada con éste; 2) su segundo matrimonio; y 3) su viudedad. Apela a la primera cuando dice que «sólo los poetas son los que se acercan algo a sus [de las mujeres] secretos» (p. 133); palabras que recuerdan a las de Gustavo en su tercera carta *Desde mi celda*: «Fenómenos del amor que sólo las mujeres saben sentir y los poetas descifrar»¹⁷; o en la tercera de sus *Cartas literarias a una mujer*: «Mil pensa-

¹⁴ Julia Bécquer, «La verdad sobre los hermanos Bécquer. Memorias de Julia Bécquer», en *Gustavo Adolfo Bécquer* (Russell P. Sebold, ed.), Madrid, Taurus, 1985, p. 51 (pp. 35-51).

¹⁵ *Art. cit.*, p. 106.

¹⁶ *Art. cit.*, p. 450.

¹⁷ *Obras completas*, vol. II, p. 335.

mientos desconocidos que todos ellos son poesía, poesía verdadera y espontánea que la mujer no sabe formular, pero que siente y comprende mejor que nosotros [los poetas]»¹⁸.

Al matrimonio de Casta con Manuel Rodríguez Bernardo, asturiano y recaudador de contribuciones en Noviercas, se alude en varias ocasiones. Es el caso de la aparición de un personaje (aquí un sereno) asturiano (no se da este dato explícitamente pero queda claro por el dialecto: *condenadu, amarru, perru, dumingo, pájaru, creu*; p. 72). El sereno de «La muralla de carne» está en la misma línea (p. 246): *demonius, condenadus, rumpiéronme, Ayuntamiento*. Otro asturiano aparece, asimismo ridiculizado, en «La romería de San Isidro»: «un hijo hidalgo de Pelayo; es decir, un asturiano...» (p. 198). Más clara es la alusión a este segundo marido cuando, en «Historia de un pobre duro» (pp. 99-103), un usurero le tira los tejos a una clienta que dice tener «una cita que el banquero X la tiene dada, y de la cual pende toda su fortuna» (p. 101). Este último motivo se repite en «La romería de San Isidro»: «si no hubiera sido por mí, y mis buenas relaciones con el banquero T, ya nos habíamos muerto de hambre mil veces» (p. 179), estando ella casada y con hijos.

La etapa de la viudedad, dejando a un lado sus quejas de la dedicatoria ya vista, la encontramos en el motivo de la «pobre viuda» (p. 86; p. 138, «la viuda huyendo de los horrores de la miseria»; p. 159, «viudas sin sueldo»). No podemos dudar de lo autobiográfico que resulta este párrafo, extraído de «Dos palabras a mi sexo», que manifiesta el abandono a que se vio reducida Casta tras la muerte de Gustavo por parte de los amigos de éste: «Apelo en mi favor y me someto al fallo de todas las viudas y huérfanas del mundo, y que digan con verdad si los amigos de sus padres y esposos fueron iguales para ellas; los primeros días que perdemos estos seres queridos, nos ofrecen siempre cuanto podemos desear; después sus visitas son escasas y con intervalos de algunos meses de una a otra; más tarde, apenas nos recuerdan, y con un saludo, a nuestro paso, forzado y tibio, que los años enfrían, llega un día, andando el tiempo, que dicen: -¡No recuerdo de usted! -Y más tarde: -¡No la conozco! -¿Y por qué? ¡Porque no puede existir tal amistad!» (p. 18). Al leer este final no podemos evitar pensar en la rima XL de Gustavo (vv. 17 y 18): «Creo que en alguna parte / he visto a usted». Por otro lado, cuando en «Los aficionados» Casta presenta a los que lo son «al dinero por medio de un casamiento con una mujer rica», debe de estar pensando en el matrimonio de su madre Antonia, a los sesenta y siete años de edad (1 de julio de 1881), con el también viudo pero ambicioso, a ojos de Casta, Manuel Zoya¹⁹. No obstante, hay otra interpretación posible de este pasaje: puede estar aludiendo a las relaciones adúlteras que tuvo Casta con su antiguo novio Hilarión Borobia «El Rubio», consecuen-

¹⁸ *Ib.*, p. 359.

¹⁹ Heliodoro Carpintero, *op. cit.*, p. 135.

cia de los celos que ella pretendía dar a Gustavo como venganza por el abandono en que la tenía por culpa de su hermano Valeriano, y catalizadas por los intereses lucrativos de «El Rubio», que buscaba el dinero de Bécquer a través de ella²⁰. Por último, en «La muralla de carne» vemos que el narrador homodiegético acaba la historia «viudo por segunda vez» (p. 289), como Casta. Todos estos datos biográficos inclinan la balanza de la autoría del lado de Casta Esteban, que pudo escribirlo con un estilo muy superior al de sus cartas de veinte años atrás. Sí es posible que la obra fuera revisada por otra persona (o por el mismo taller tipográfico) para su publicación.

II. Contenidos

Si procedemos a un análisis global de *Mi primer ensayo*, podemos ver fácilmente la doble línea genérica que ha señalado acertadamente Martínez Cachero²¹. Por un lado, cuentos «costumbristas»: «La mano», «¡La boda H!», «Historia de un pobre duro», «Los aficionados», «La romería de San Isidro» y «La portera». Por otro, los relatos que ha calificado de «divagaciones románticas»: «Un sueño de Triana», «No hay principio sin fin», «Un encuentro feliz y desgraciado» y «¿Existe el amor?». Y considera que dos cuentos están en la intersección de ambos grupos: «Una carta del otro mundo» y «La muralla de carne»; lo que hace Casta para lograr esta combinación, en el primero de los casos, es tratar una cuestión grave distanciándose a través del humor y la burla. «La muralla de carne», en cambio, es una novela sentimental (su extensión, de casi setenta páginas, permite usar este término) y recoge muchos tópicos propios de este género; es el caso de la retirada de Lola a un convento porque su amor no es posible. La primera de las narraciones del libro es «Dos palabras a mi sexo», que es un manifiesto feminista y realiza la misión de un prólogo.

La estructura es clara. La dedicatoria funciona de *captatio benevolentiae* por medio de la expresión de humildad, que ya no es falsa sino sincera modestia (aun así, no deja de ser un recurso retórico): «Señora: perdonad mi atrevimiento al dedicarla tan mezquino recuerdo, hijo de mi seco cerebro [...] carece de todo mérito literario» (p. 5). El contiguo prólogo-manifiesto «Dos palabras a mi sexo» se sirve también de estos tópicos: «mi primera y pobre producción [...] llena de faltas y errores»; «tomo mi mal cortada pluma» y «escribo una mala obra». Lo volvemos a encontrar varias veces a lo largo del libro: p. 27, «escribirte (por no decir garrapatearte)»; p. 175, «mi insulso relato»; p. 190, «mis escasas luces y mi destemplado estilo»; p. 219, «esta mal trazada carta» y p. 293, «estas mal trazadas líneas». De modo semejante, la fingida pobreza en

²⁰ *Ib.*, p. 151.

²¹ Art. cit., p. 451.

que la autora insiste en esta dedicatoria (y que, como he señalado, se repite en todo el libro) tal vez no sea más que el tradicional tópico de la *aurea mediocritas* que, a su vez, busca la benevolencia de la Marquesa del Salar.

«Dos palabras a mi sexo» va dirigido a «¡mis queridas hermanas!», las mujeres. Es una interpelación al «bello sexo» (p. 131 y *passim*) con el fin de incitarlo a «la unión de la mujer» (p. 17). Hace un panegírico de las que están «bajo el bochornoso título de sexo débil» (*ib.*), destacando la importancia que han tenido las mujeres por «su valor y su talento» (*ib.*) en el devenir de la historia y en la conformación de las letras a pesar de que sus nombres «han pasado al olvido más oscuro» (p. 14). Con todo, recuerda a las más ilustres llegando a reproducir el poema en redondillas de Sor Juana Inés de la Cruz «Hombres necios que acusáis / a la mujer sin razón» en trece de sus quince estrofas. Aunque desdeña al hombre, busca la liberación de la mujer a través de la imitación de «la conducta del sexo fuerte, y lo seremos tanto o más que el suyo» (p. 17). No obstante, «nosotras somos la palanca que mueve el universo» y «el imán que atrae hacia sí a su compañero el hombre, el cual empieza por besar nuestras plantas para más tarde convertirse en nuestro señor, no en nuestro amigo».

En lo que se refiere al resto de las narraciones, no yerra Casta cuando dice en la dedicatoria que «muy poco es su valor positivo en mérito literario» (p. 6). A mi entender, sólo se salva, por su originalidad, la «Historia de un pobre duro». Es la relación de las andanzas y adversidades de una moneda de cinco pesetas, contada por ella misma, desde su nacimiento-acuñaición en la inclusiva Casa de la Moneda. Por la extensión (pp. 85-175) podríamos atribuirle el apelativo de novela. Va encabezada por una cita de «Gustavo A. Bécquer» extraída de la que tal vez fue su última prosa, «Las hojas secas», publicada en 1871 (Bécquer había muerto el 22 de diciembre de 1870): «-Y ¿adónde vas? -No lo sé, ¿lo sabe acaso el viento que me empuja?». Con ello pretende ponernos en antecedentes de la volubilidad y volatilidad del destino y de la vida. Casta manifiesta a través de este relato cómo la vida, la gente, el destino y la Providencia han jugado con ella como con el duro que protagoniza la historia; es decir, la moneda no sería otra cosa que un *alter ego* de la autora.

La técnica del discurso narrado por un sujeto carente, en la vida real, de la capacidad verbal y que sólo la posee en el mundo de la ficción la podemos remontar muy lejos en el tiempo. El mismo Bécquer escribió, además de «Las hojas secas», donde se desarrolla un diálogo entre dos hojas caídas que se han encontrado por azar, la narración titulada «Memorias de un pavo». Aquí ha consignado las «Impresiones, notas sueltas y pensamientos filosóficos de un pavo destinados a utilizarse en la redacción de sus Memorias». Confirma el carácter paródico-autobiográfico de la «Historia de un pobre duro» el hecho de que el primer dueño de esta moneda sea «una pobre viuda» (p. 86). No sorprende que el protagonista elegido por la «pobre» viuda de Bécquer sea un duro, conociendo la obsesión que sentía por el poderoso caballero: fue ella la

que «quejábese de exceso de poesía y escasez de cocido»²². Se trata de un narrador no omnisciente que se dedica a describir lo que ve y lo que oye, con las limitaciones que podría tener cualquier mortal: por ejemplo, cuando dice «no pude percibir ni una palabra» (p. 103) o «yo no sé qué hora sería» (p. 134). Casta aprovecha este texto para hacer crítica social manifestándose, mediante la sátira, disconforme con el orden establecido. Así, carga las tintas contra el clero (pp. 116-120, 137-138, 141, 146), contra los hombres (pp. 116, 122, 131-132), contra los funcionarios (pp. 107, 122, 157-168 y 238-240), contra España (p. 165) y contra la estructura social (p. 134). O ataca la superstición (pp. 145 y 154), en defensa de la razón (p. 145). Tampoco pierde la ocasión para desarrollar una declaración de principios como la que hace a propósito del celibato en el clero (pp. 139 y 140) sirviéndose de unos versos de Santa Teresa de Jesús tomados del célebre poema «Muero porque no muero» (vv. 18-21): «¡Ay, qué larga es esta vida, / qué duros estos destierros, / esta cárcel y estos hierros / en que está el alma metida!». O bien teoriza acerca del lenguaje: la función de los eufemismos (p. 164) o la interpretación y uso de los nombres propios (p. 168).

III. *Notas sobre intertextualidad*

Retomando la visión de *Mi primer ensayo* en su conjunto, voy a dar ahora algunas notas de intertextualidad pasiva (difícilmente podría ser activa en el caso de este poco conocido libro), aunque no van a ser, ni mucho menos, exhaustivas, ya que el lugar apropiado para una tarea como ésta serían las notas de una edición del texto. Además de los pasajes ya señalados a lo largo de este trabajo, encontramos a su esposo Gustavo en varios lugares. Ya mencionó Rafael Montesinos²³ el «asombroso paralelismo» que existe entre un pasaje de «No hay principio sin fin» (pp. 47 y 48) y la rima LVIII, donde se expresa la idea de la fugacidad del amor. Pero el caso más claro está al final de «Un encuentro feliz y desgraciado», donde reproduce la rima XVII: «Hoy la tierra y el cielo me sonríen, / hoy llega al fondo de mi alma el sol; / hoy la he visto, la he visto y me ha mirado; / hoy creo en Dios». La prosa de este relato es muy becqueriana. Su hilo argumental es parecido al de «Tres fechas» de Gustavo (hay tres encuentros casuales con la amada). Además, hay varias alusiones a las *Rimas*. El «¿qué culpa tengo yo que tu aliento quemara el mío y que tu boca rozara la mía con la velocidad del rayo?» (p. 80) se puede confrontar con los versos 9-18 de la rima XXIX: «¿Cuánto duró? Ni aun entonces / pude

²² Gonzalo Reparaz, «A mi buen amigo Gustavo Adolfo Bécquer. Recuerdo y homenaje», *El Sol*, Madrid, año XX, 26 de febrero de 1936, p. 6 (citado por Rica Brown, *Gustavo Adolfo Bécquer, en dos tiempos*, Barcelona, Aedos, 1962, p. 205).

²³ *Op. cit.*, p. 56.

saberlo. / Sólo sé que no se oía / más que el aliento, / que apresurado escapaba / del labio seco. / Sólo sé que nos volvimos / los dos a un tiempo / y nuestros ojos se hallaron / y sonó un beso». Cuando dice «al encontrarse tus miradas con las mías, se entienden y tiemblan de placer; al contacto del fuego de tus pupilas, se retiran asustadas de sí mismas, y como si les faltaran las fuerzas para sostener la lucha entre el amor y el deber, huyen del combate y se clavan en el suelo...» (p. 82) no podemos dejar de pensar en la rima XXI y, sobre todo, en la segunda estrofa de la VIII: «Cuando miro de noche en el fondo / oscuro del cielo / las estrellas temblar como ardientes / pupilas de fuego, / me parece posible a do brillan / subir en un vuelo, / anegarme en su luz, y con ellas / en lumbre encendido / fundirme en un beso». En esta misma narración encontramos la idea de que la mujer ha de ser libre (p. 81), desarrollada por Bécquer en «La mujer a la moda»: «debe ser libre. Libre como lo es la mujer joven y viuda o la casada que no tiene que sujetarse a vulgares ocupaciones y vive en el gran mundo, donde la tradición ha cortado con el cuchillo del ridículo ciertos lazos pequeños que sujetan a otras mujeres a la voluntad ajena».

También es becqueriana la idea que expresa la anónima cita que encabeza «Un sueño de Triana»: «La vida es sueño y la muerte nos despierta». Aunque la primera parte es claramente calderoniana, la segunda no aparece en la obra del dramaturgo barroco. En cambio, en las *Rimas* leemos «¡despertar es morir!» (LXIX, 6); y en «Es un sueño la vida» dice Gustavo: «un sueño que [ojalá] durara hasta la muerte». En «Dos palabras a mi sexo» se ocupa Casta, en un momento dado (p. 11; a propósito de la envidia, sometida a análisis por Bécquer en «La mujer a la moda»), de la burla, la murmuración y la honra dependientes de la apariencia, según los explica el poeta sevillano en «La ridiculez». En la página siguiente (p. 12), la Esteban pronuncia este grito de exaltación: «Nosotras somos la palanca que mueve el universo [...] Buscad un punto de apoyo y la victoria es nuestra». Recogido también en «La ridiculez» con estas palabras: «Dadme un punto de apoyo -decía Arquímedes- y levantaré en peso el mundo». Es probable que, al escribir este prólogo, nuestra escritora tuviera delante este tratado de su difunto esposo. El tema de la archiconocida rima LIII lo tenemos en la «Historia de un pobre duro» (p. 91): «testigos somos de sus locos amores, como los nidos de los tiernos ruiseñores», donde podemos observar una rima consonante, no rara en el estilo de Casta, como luego veremos; además, las golondrinas se han trocado en ruiseñores adquiriendo la capacidad de revelar los locos amores y «nuestros nombres» (LIII, 7). En «Una carta del otro mundo» se toma el apelativo «perezoso» como una «lisonja» (p. 207), como seguramente lo hubiera recibido Bécquer a juzgar por lo que dice en «La pereza»: «ennoblece al hombre porque le da cierta semejanza con los privilegiados seres que gozan de la inmortalidad». Para acabar, señalaré dos alusiones que aparecen en la última página de «¿Existe el amor?» (p. 223). Una es la que dice «el mejor billete de amor es un billete de Banco», que expresa lo mismo que Gustavo cuando en la rima XXVI leemos que «una oda sólo es

buena / de un billete de Banco al dorso escrita»; esto hace pensar que esta rima pudiera ir dirigida a su esposa. La otra alusión es la de «la hoja seca rodando por el suelo es el juguete del huracán que hace seguir su destino cuyo paradero ignora», que está en clara conexión con la ya comentada prosa «Las hojas secas» y con varias rimas que se sirven de este motivo romántico (II, 5-8).

Otros autores de la época aludidos son Juan Martínez Villergas, cuyos versos («Nos llaman descamisados / y nos dicen la verdad; / no tiene el hombre camisa / de quien se pueda fiar», de *Poesías jocosas y satíricas*, 1842) encabezan «¡La boda H!»; Espronceda (p. 63, «cincuenta cañones por banda»; o la aparición del mismo poeta en «La muralla de carne», p. 289); Zorrilla (p. 170, *El puñal del godo*, a cuya representación asistió la familia Bécquer, según nos cuenta Julia Bécquer²⁴; a un pasaje del *Don Juan Tenorio* se refiere en la página 233); el melodrama de mayor taquilla del siglo *La pata de cabra* (p. 66); la comedia de Adelardo López de Ayala *El tanto por ciento* (1861; pp. 88 y 156), etc.

Merece la pena detenerse en el final de «La muralla de carne» (pp. 289-292). En una pesadilla al protagonista «viudo por segunda vez», se le aparece Espronceda: «burlona se destacaba la imagen de Espronceda, cuya mirada me hacía mal, y su sonrisa hería mi alma». Lo llama «rey de los poetas» y presenta un elogio del «canto a Teresa» del «diablo mundo» ofreciéndonos la interpretación que de este hace Casta Esteban: «Cuando leía tus amores y luego tus desvíos y tornar a tus amores, yo me reía y cuanto tú más llorabas, rebosando el veneno de tu alma, y sin razón me reía» (p. 290). Hace una lectura irónica del canto dedicado a Teresa Mancha. Es más, llega a afirmar que «Ella vivía aún, cuando tu canto escribiste, pero no para tu amor; ¿su corazón estaba muerto? No; pero dormido sí; el placer mundano que en tu ausencia corrió, mató tus ilusiones, destrozando tu corazón en pedazos infinitos y al contemplarla otra vez, tu amor te venció de nuevo, haciéndote su prisionero; ¡mas ella ya no era pura! era sólo una ramera, metalizadas sus caricias, su corazón sin fe, y de sus impuros labios la verdad había huido y en su pecho la maldad era su norte y su guía» (p. 291). Recordemos que Teresa Mancha murió en septiembre de 1839 y que el *Diablo mundo* apareció en julio del año siguiente. Se opone a las palabras de Espronceda en el canto (vv. 1746 y 1747 del poema: «ante mis ojos la funesta losa, / donde vil polvo tu beldad reposa»), según las cuales debió de escribirlo después del entierro²⁵.

²⁴ *Art. cit.*, p. 49.

²⁵ Robert Marrast, «Introducción» a su edición de *El estudiante de Salamanca. El diablo mundo*, Madrid, Castalia, 1978, pp. 42 y 43. El «Canto a Teresa» se ha leído de múltiples maneras. Se acerca bastante a la de Casta la que hace Yolanda Vallejo en «Proposición y propósito: *Canto a Teresa* de Espronceda y *Teresa* de Rosa Chacel», en *VII Encuentro de la Ilustración al Romanticismo (Cádiz, América y Europa ante la modernidad): La mujer en los siglos XVIII y XIX* (Cinta Canterla, ed.), Universidad de Cádiz, 1994, pp. 639-646. Allí destaca que Espronceda

IV. Estilo

Algo he avanzado ya del estilo zafio de Casta. Trata de acercarse al habla coloquial sin descuidar los tópicos dispuestos por la retórica clásica. En este sentido, podemos afirmar que es una prosa bastante escolar. A menudo busca una cierta cadencia a través de rimas asonantadas en los finales de cláusula; p. 16, capitán, igual, conquistar; p. 32, callos, gallo (aquí consonántica); p. 41 (final), combina las rimas á-o y é-o; p. 48, el espíritu cede y la materia vence (con carácter gnómico); y una largo etcétera. Con todo, yo no llegaría a calificar este estilo de ripioso, ya que se sirve del homeoteuton con bastante fortuna. Por el contrario, sí le reprocho el humor facilón a que tan frecuentemente recurre, como cuando habla de «ver las estrellas sin necesidad de telescopio» (pp. 53 y 103); este caso, por el hecho de aparecer repetido, demuestra la escasa gracia de la autora. En algunas ocasiones sí logra su objetivo de producir una leve sonrisa en el lector, como cuando dice irónicamente que los altos cargos del funcionariado están «haciendo este servicio desinteresadamente por cuarenta mil reales de sueldo» (p. 157); o cuando juega con la palabra «cura» en su doble acepción de sustantivo y verbo (p. 128). Las figuras retóricas también aparecen, aunque esporádicamente, en este libro: por ejemplo, utiliza un oportuno oxímoron cuando exclama «¡Qué delicias tan tristes fueron para mí!» (p. 174). Asimismo, tiene algunas expresiones fijas (tal vez dema-

canta «un dolor, que no es consecuencia de la muerte de la amada, sino de la pérdida de su amor debido a la caída de Teresa desde el altar imaginado por Espronceda al barro de los mortales» (p. 641). Lo que debió de hacer gracia a Casta, teniendo en cuenta el feminismo explicitado en «Dos palabras a mi sexo», fueron palabras como las de esta octava: «Mas ¡ay! que es la mujer ángel caído / o mujer nada más y lodo inmundado, / hermoso ser para llorar nacido / o vivir como autómatas en el mundo; / sí, que el demonio en el Edén perdido / abrasara con fuego del profundo / la primera mujer, y ¡ay! aquel fuego / la herencia ha sido de sus hijos luego» (vv. 1707-1715). Y, pese a todo, «espíritu indomable, alma violenta, / en ti, mezquina sociedad, lanzada / a romper tus barreras turbulenta» (vv. 1773-1775). Estos últimos versos llevan a la viuda de Bécquer a gritar: «Tu canto a Teresa, ¡oh qué canto! siempre será mi encanto, tan ideal sorpresa» (p. 290). En cuanto a la fecha de composición del canto cuestionada por la Esteban, la edición por entregas de 1840 encabeza «A Teresa» con una octava del poema *María* de Miguel de los Santos Álvarez (publicado también en Madrid en 1840). Esos versos no aparecen en el manuscrito autógrafo del «Canto a Teresa» (propiedad de Don Enrique Montero; no se ha fechado), del que afirma Marrast (*ib.*, p. 70, n. 1 *bis*) que «se trata del primer borrador del poema». Podemos pensar que cuando lo escribió aún no había aparecido *María*. Raquel Romero, en el capítulo de su tesis doctoral que dedica al «Canto II o Canto a Teresa» (*La ironía en el discurso romántico*, Universitat de Lleida, inédita; párr. 4.1.3), da motivos para pensar que «el poeta no empezó a escribir el poema en el preciso instante en que vio a Teresa muerta» (p. 153), por lo que la imagen de la losa que señala Marrast sería un recuerdo (si lo compuso tras la defunción) o bien una invención (si lo hizo antes, tal como defiende Casta). Agradezco a Raquel Romero su generosidad por haberme facilitado el capítulo de su tesis doctoral donde hace una lectura irónica del «Canto a Teresa».

siado) que encontramos continuamente: tal es el caso de la «cara mitad» para referirse a la esposa o al marido de alguien (pp. 28, 30, 33, 39, etc.). A veces son más amenas; así la «primavera de oro» garcilasiana como metáfora de la juventud (pp. 23 y 71). En un pasaje de «La portera» se puede hablar de poesía dramática (pp. 329 y 330):

Entonses, la propongo una tregua y eya viene y yo voy, y
se acabó la contienda, y eya me dise incomodá:
-Si se propasa V. otra vez, no lo guelvo ni a mirar.
-Zi yo a tu lao no zé estar mano zobre mano.
-Pues lárquese V. hermano, que no estoy para inquietudes.
-¡Pero, niña, zi por ti muero!
-¿Avisaré al sepulturero?
-Eres cruel, y más que cruel, ingrata.
-¿Porque no entrego la carta; así en un dos por tres? pues
hijo mío, pacencia, y cuando uno está enritao, quietud y
mucho refresco nos aconseja la cencia.
-¿Chiquiya, crees zoy algún chaval?
-¡Ca, ni por pienzo pude creer yo tal! lo que V. S. me parese
es un pelele de Carnaval.
-¿Tal ofensa a mí, que visto el uniforme real?
-Pues por eso, me parece un mariscal.
-¿De campo, verdá?
-Y tan del campo, que en su vida entró en nenguna ciudad.
-¿Eso más?
-No le asombre.
-¡Voto a mi nombre!
-¿El qué?
-¡Pues, ná!

.....
Una hora dispués, todo había concluido; lo que pazó no lo
zé, pero lo sierto fue, que me desía compungida:
-¡No te vayas, mi vida!
-Mujé, zi tengo que hacer.
-Espera otro poquito.
-Hago farta en el cuartel.
-¿Me olvidarás, Periquito?
-¡Yo olviarte! ¿Quieres cayar, chiquiya?
-Pues toma pa una cajetiya.
-¡Ahora zí que te quiero! Y zi ziques de ezta zuerte, te
amaré hazta la muerte, y tú zerás mi lusero.
Y yo, como zi viniera de Birbao, a los ziete u ocho días,
como zi no hubiéramos hablao.

El uso del habla dialectal (en algunos casos con escasa precisión de la variedad diatópica como cuando un solo hablante cecea y sesea a la vez; es el de

las líneas que acabamos de leer) con inclusión de gitanismos y paremias le permite un acercamiento al lenguaje coloquial en los diálogos insertos en relatos de crítica social calificados por Martínez Cachero de «costumbristas»²⁶. Este mismo autor ya se ha ocupado de hablar de los laísmos (éste es también común en Bécquer y en muchos otros autores, sobre todo en Madrid), leísmos, loísmos, solecismos y anacolutos del libro de Casta, por lo que voy a abstenerme de comentarlos. A estas aberraciones conviene añadir errores ortográficos (amén de los tipográficos) y algunos vulgarismos (como los indefinidos de segunda persona del singular con -s final: -astes, -istes).

V. *Conclusión*

El libro de Casta Esteban es un compendio de relatos de desigual interés que merece ser editado, dada su escasa difusión, por el valor documental que encierra, sobre todo, para conocer un poco mejor la psicología de la mujer de Bécquer. Algunos textos son dignos de una crítica positiva. Es el caso de los que podríamos llamar las dos novelas (basándonos en un criterio tan arbitrario como la extensión, pertinente aquí debida la gran desproporción con respecto a los demás cuentos o artículos, dejando a un lado «La portera», con casi sesenta páginas): «Historia de un pobre duro» y «La muralla de carne». Así, en este último relato se encuentran pasajes muy brillantes como es el caso de esta definición del amor (p. 251): «el amor es como los retratos de fotografía, en dos minutos se graba en la placa de nuestro corazón su imagen adorada, bajo la acción de la luz del alma, sin que pueda borrarse su grabado a la acción del tiempo ni a los sentidos». El prólogo «Dos palabras a mi sexo» tiene también interés porque se trata de un manifiesto feminista aparecido en los años en que se inició este movimiento de reivindicación de los derechos de la mujer. Por esta razón he creído oportuno rescatarlo, como apéndice, aquí (actualizo la acentuación).

²⁶ *Vid.* n. 19.

APÉNDICE

DOS PALABRAS A MI SEXO

¡Mis queridas hermanas! Dispensadme os dé este título íntimo de confianza, pues no hallo otro más dulce y cariñoso, después del adorado de madre; no es mi ánimo ofenderos ni rebajaros, bien sabe Dios que no, y sí sólo como expresión de gratitud y cariño, que hacia vosotras me guía. Por esta razón os ruego lo admitáis con igual placer que mi alma siente, y con vuestro claro y despejado talento perdonéis mi osadía al llegar a vuestras manos mi primera y pobre producción, que desnuda del manto galano y florido de la bella poesía y llena de faltas y errores mil, sale a luz sin pretensiones, ni aspiraciones, más que una: agradar a mis lectores y recoger el óvulo [*sic*], importe del libreto y poder comer; si lo consigo, veré colmados mis deseos con usura; si, como es posible y espero, me diera un resultado negativo a mi buen deseo, nadie lo extrañará al saber fue escrito bajo la presión del calor de mi destemplada cabeza, y no con una imaginación inspirada que, por desgracia, está bien lejos de mí.

A todas en general me dirijo, y muy especialmente a esas mujeres honra y orgullo de nuestro sexo, que con la pluma en la mano, llenan columnas de periódicos, escribiendo rimas, novelas y dramas. ¡Qué felices son al saber expresar sus pensamientos y desarrollar las ideas que cruzan por su mente!

¡Cuán desgraciada yo, que impulsada por una imperiosa necesidad, tomo mi mal cortada pluma, sin reglas, sin arte y sin conciencia, para implorar la caridad pública, como el ciego tañe una mala guitarra; así yo escribo una mala obra; quizás aquél con ella gane su sustento, y yo con la mía. ¡Dios sabe cuál será mi destino!

No espero críticas ni burlas, no; y no las espero, no porque mis escritos estén libres de ello, sino porque de la desgracia nadie se burla; los caballeros son nobles y galantes en esta patria de la hidalguía para las señoras, y sabrán dispensar mis muchísimas faltas, y vosotras que sois tan señoras y tan nobles como ellos, que conocéis mi objeto y pretensiones, sabréis también dispensarme; dudar de ello, no sería una ofensa, sería un crimen.

¡Sí, hermanas mías! Hora es ya que borremos para siempre el anatema que un conocido mío escribió no hace mucho tiempo, y cuyo calificativo nos infama, nos rebaja y empequeñece de una manera horrible, triturando las fibras del corazón de toda mujer que se estime en algo, con estas palabras: *El mayor enemigo de la mujer, es la mujer misma*.

¡Oh! desgraciadamente tiene razón; nosotras mismas somos culpables de cuanto nos pasa.

¡La envidia! ese monstruo feroz que devora el corazón humano, roe nuestras entrañas y abrasa y seca nuestra mente, está tan impregnado en nuestro pecho, como adherida la cabeza al cuerpo, el alma a la materia y el pensamiento a la mente. ¿No habéis presenciado en salones y sociedades que nos basta una flor, un prendido, la simple arruga en un vestido, para desgarrar su alma con la burla; sus ilusiones con el desvío y con la murmuración... ¡quizá su honra! cuyos pedazos y girones arrojamos con placer a su rostro, para después lanzarlos en forma de pregón al lodazal de la infamia y la calumnia, huyendo de su lado cual se huye de un miserable leproso?

Y más tarde os extrañáis que esa misma mujer arrojada de nuestro lado sin compasión ni caridad como hermanas y faltando a los sagrados mandatos de Dios de *¡amaros*

como hermanos! la cerráis vuestra amistad y vuestra puerta, después de haberla insultado, ¡tal vez deshonrado! os extrañáis, repito, que al verse abandonada y escarnecida por su sexo, donde debió hallar apoyo y esa protección que nosotras la negamos, y en ese día, ¡desgraciada! el hombre es cual la araña que teje y teje su tupida red sin descanso, para en su día cazar a la imprudente o cándida mosca que a su paso toque. El hombre nos brinda su veneno en copa de oro, y una vez bebido, sus resultados son inevitables, y después de satisfecho su apetito, nos arroja de su lado llamándonos ¡sexo débil y cabezas sin sentido! ¿Y sabéis por qué? Porque no estamos unidas y conformes; la unión es la fuerza, y la fuerza la forma la voluntad y el deseo de conseguirlo, por aquello de *querer es poder*.

¡Sí, hermanas mías, sí! Es preciso, es indispensable que hoy antes que mañana, retorizamos nuestro corazón de ayer y le formemos de nuevo para mañana.

Nosotras somos la palanca que mueve el universo; ¡a nuestros pies, se rinden desde la humilde cabaña hasta los soberbios imperios! Buscad un punto de apoyo, y la victoria es nuestra.

La mujer, en todas las clases de la sociedad, es el imán que atrae hacia sí a su compañero el hombre, el cual empieza por besar nuestras plantas para más tarde convertirse en nuestro señor, no en nuestro amigo; y este descrédito que enrojece nuestras mejillas con el carmín de la vergüenza, es sólo por nuestra falta de unión y cariño, ¡unámonos todas bajo un lazo de amor y cariño, y éste será el punto innegable de apoyo de nuestra invencible palanca, para demostrar al mundo entero que somos dignas, fuertes y grandes, como hijas al fin de aquellas célebres matronas que dejaron tras de sí una inmortal fama y un glorioso recuerdo!

No quiero recordaros la sombra de aquellas madres espartanas que sacrificando el amor de sus padres, hermanos y hasta de sus mismos hijos, valientes les exigían, al partir a los combates y batallas, que volvieran *con el escudo o sobre el escudo*; esto es, o vencedores o muertos, pero no vencidos. La historia dice de una madre que al terminar una célebre batalla, preguntó a uno de los soldados vencedores: -¿De quién es la victoria? -¡Nuestra! -respondió el guerrero, -¡pero en ella han muerto tu marido y tus dos hijos! -¡No importa! -respondió la madre- ¡antes de nada es la salvación de la patria! ¡corramos al templo a dar gracias a los dioses por la victoria que nos concede!

¿Y podrán los hombres llamar con justicia sexo débil a esta madre, cuyo corazón sabe retorcer los dolores sagrados de familia, para adornarlos con el glorioso laurel del amor patrio?

Pasaré también a la ligera a las honradas y virtuosas matronas romanas, modelos de amor conyugal, gloria del hogar doméstico, invirtiendo todos sus desvelos y cuidados en criar sus hijos para que éstos llegara un día que sirvieran a su patria. No os recordaré a las famosas guerreras y políticas, Semíramis de Asiria, Dido de Cartago, y Cleopatra de Egipto, ni a Aspasia ni a Artemisa, cuyos ejemplos de valor y virtud, el mundo admira y las generaciones pasan al recuerdo de su tumba con respeto profundo, viviendo eternamente sus glorias en los todos corazones grandes y elevados. También hubo grandes criminales o viciosas, Mesalinas, Floras, Fulvias, Laidas y mil monstruos de iniquidad, sin dejar por esto de ser famosos sus hechos; pues digan lo que quieran, la mujer por su espejo natural, su carácter especial y atrevido, su genio violento y sus pasiones, más ardientes y más verdaderas, sólidas y fuertes que las del hombre, no tiene término medio para su vida, y llega un día que arrastrada por las pasiones que su alma sueña, se hace célebre por medio de la virtud, que la remonta a lo ideal de los

ángeles, o por la triste celebridad del vicio y el crimen.

En tiempos más modernos, la historia nos presenta como ejemplos a una María de Molina, que sabe contener las ambiciones de los nobles y magnates de Castilla y asegura por dos veces el vacilante trono de su hijo y de su nieto; a una Isabel I, que al abrir las puertas de Granada, consiguió la unificación política de España; a una María de Pacheco, la ilustre viuda de Padilla, tan política como guerrera, que supo sostener por largo tiempo la obra de libertad, iniciada por su malogrado esposo, teniendo en jaque por largos meses a los partidarios de Carlos I, y que su alma sólo cede cuando la faltan los recursos: los que la juraron fidelidad, la abandonan, la traición la cerca y una enfermedad la sorprende; y a una Luisa de Guzmán, esposa del Duque de Braganza, la cual rompió con valor y fimeza en sus disposiciones el yugo que oprimía a Portugal por los reyes hispano-austriacos y conquistó su independencia.

Después pasaré a recordaros las mujeres que han brillado en las letras y célebres como D^a Beatriz Galindo, como primera latina; a la sabia Salmantina Sigea, Teresa de Cepeda y la famosa madre Sor María de Agreda, y no cuento las muchas poetisas y novelistas en los siglos XVI y XVII, y cuyos nombres, la mayor parte, han pasado al olvido más oscuro.

Sin embargo, así como la sangre de los mártires de la religión cristiana era el riego que criaba por cada gota cien creyentes más, así de siglo en siglo, hasta nuestros días, la mujer imitó su grandeza de alma y el amor a las letras. Todas las naciones tienen un ídolo en nuestro sexo, ante el cual el hombre tiene que doblar su rodilla, y casi no podría existir Francia sin madama de Sevigné, España sin Teresa de Jesús y México sin Sor Juana Inés de la Cruz, orgullo de nuestro sexo y que tan altamente conocía el corazón del hombre como el nuestro, como dice en sus cantos.

Hombres necios que acusáis
A la mujer sin razón,
Sin ver que sois la ocasión
De lo mismo que culpáis.
Si con ansia sin igual
Solicitáis su desdén,
¿Por qué queréis que obren bien
Si las incitáis al mal?
Parecer quiere el denuedo,
De vuestro parecer loco,
Al niño que pone el coco,
Y luego le tiene miedo.
Queréis con presunción necia
Hallar a la que buscáis,
Para pretendida Thais,
Y en la posesión, Lucrecia.
¿Qué humor puede ser más raro
Que el que, falto de consejo,
El mismo empaña el espejo
Y siente que no esté claro?
Con el favor y el desdén
Tenéis condición igual,

Quejándoos si os tratan mal,
 Burlándoos si os quieren bien.
 Opinión ninguna gana,
 Pues la que más se recata,
 Si no os admite es ingrata
 Y si os admite es liviana.
 Siempre tan necios andáis,
 Que con desigual nivel,
 A una culpáis por cruel
 Y a otra por fácil culpáis.
 ¿Pues cómo ha de estar templada
 La que vuestro amor pretende,
 Si la que es ingrata ofende,
 Y la que es fácil enfada?
 Dan vuestras amantes penas
 A sus libertades alas,
 Y después de hacerlas malas,
 Las queréis hallar muy buenas.
 ¿Cuál mayor culpa ha tenido
 En una pasión errada,
 La que cae de rogada
 O el que ruega de caído?
 ¿O cuál es más de culpar,
 Aunque cualquiera mal haga,
 La que peca por la paga,
 O el que paga por pecar?
 Pues ¿para qué os espantáis
 De la culpa que tenéis?
 Queredlas cual las hacéis,
 O hacedlas cual las buscáis.»

Estas son nuestras madres, y también somos hijas de los guerreros invencibles de Cartago, de los guerreros invictos de Numancia, de los leones indomables de Pavía, del Cid, cuyo sagrado recuerdo guardamos como tradición sagrada de nuestra patria, de Colón el gran capitán, el gran marino cuyo talento sin igual, otra corona supo conquistar a la corona de Castilla.

De Hernán Cortés cuya conquista de Méjico hoy nos parece un sueño casi ideal; de Padilla, de Bravo y Maldonado, que supieron pelear como caballeros y morir como cristianos, se destacan a nuestra vista, como una trinidad manchada en sangre noble y generosa, por las manos de déspotas y tiranos, que les hicieron pagar con sus cabezas el glorioso nombre que a su patria dieron. De Lanuza, de Cervantes, el príncipe de los ingenios, esa gloria codiciada y envidiada por todas las naciones del mundo civilizado; de Miguel Angel y Murillo, cuyos pinceles hicieron hablar a los lienzos que sus manos tocaron; de Feijó [*sic*], Quevedo, Moratín, Moreto y cien mil ingenios más, os tienen con orgullo por sus nietas.

Vosotras heredasteis su valor y su talento, y al contemplaros al través de su fría tumba, cual contempla el alma enamorada a su objeto amado, no podrán menos de

exclamar:

-¡Son dignas hijas de su patria; al fin y al cabo, son españolas!

Desde hoy seamos todas hermanas, saludemos al alba, que nos envía un día tan feliz de gloria al olvidar nuestras miserias, y, unidas en estrecho y cariñoso abrazo para siempre, ligadas por los vínculos de una sincera y cordial fraternidad, gitemos de corazón: -¡Viva la unión de la mujer, creada por la mujer misma!

Sí, hermanas mías; nuestras madres nos marcaron el camino que hasta hoy, por una dolorosa fatalidad, no hemos seguido.

Imitemos la conducta del sexo fuerte, y lo seremos tanto o más que el suyo, con acciones nobles y entereza de alma, y no dudéis que el hombre os amará, admirará y respetará más, siendo grandes, fuertes y elevadas, que bajo el bochornoso título de sexo débil que hoy nos llaman; y la razón es, que siempre se ama, se quiere y se respeta más lo que creemos superior a nosotros, como nos sirve de menosprecio lo que juzgamos inferior a nosotros mismos.

El mejor amigo de la mujer debe ser la mujer misma; como el hombre es sólo amigo de sus amigos; pero de la mujer, jamás.

Entre el hombre y la mujer no hay amistad posible, no puede haberla; su educación, su sexo y sus opuestas costumbres lo rechazan; o hay entre los dos algo que traspase los límites de esa amistad o no hay nada.

Pues si no podemos sostener la amistad del hombre y rechazamos la de nuestro sexo, ¿a dónde vamos? ¿Qué esperamos?

Apelo en mi favor y me someto al fallo de todas las viudas y huérfanas del mundo, y que digan con verdad si los amigos de sus padres y esposos fueron iguales para ellas; los primeros días que perdemos estos seres queridos, nos ofrecen siempre cuanto podemos desear; después sus visitas son escasas y con intervalos de algunos meses de una a otra; más tarde, apenas nos recuerdan, y con un saludo, a nuestro paso, forzado y tibio, que los años enfrían, llega un día, andando el tiempo, que dicen: -¡No recuerdo de V.! -Y más tarde: -¡No la conozco! -¿Y por qué? ¡Porque no puede existir tal amistad!

El hombre y la mujer nacieron para el objeto que Dios los creó, ¡para amarse o para ser indiferentes! Pero para ser amigos, ¡jamás!

Quisiera tener la pluma de la mejor poetisa para poder expresar las ideas que siento abrasar mi mente, y no puedo; quisiera poderos convencer a todas, para deponer el odio, la envidia y la rivalidad que tenemos en perjuicio sólo de nosotras mismas, y también me es imposible. ¿Qué hacer, Dios mío? ¡Nada! Confesar mi ignorancia y suplicaros vuestro perdón, y que pronto llegue el hermoso día que el sol de la justicia ilumine nuestras almas, y os abracéis todas, absolutamente todas, tan de corazón y buena fe, como en este momento os lo manda, desde el fondo de su alma, vuestra atenta y S[egura] S[ervidora].

La Autora

(Casta Esteban y Navarro, *Mi primer ensayo*, pp. 9-19).